

LOS AÑOS DIFÍCILES

Pseudónimo: tuccitana

Querida Elena:

Ya ves que no he encabezado esta carta llamándote señor, como lo hacen todos los alumnos, sino por tu nombre, tal y como a ti te gusta que te llamen. Tampoco ensuciaré de dibujitos los márgenes del folio. No temas. Yo no soy Pablito, que no puede ver un papel sin pintarrajarlo. Yo te escribo como lo haría una persona adulta que sabe lo que quiere.

Ante todo, deseo pedirte disculpas por mi atrevimiento. Porque este puñado de palabras no son otra cosa que una declaración de amor, señor Elena. Después de pensarlo mucho, de comerme el coco y de darle muchas vueltas, esta dulce angustia que me cosquillea por dentro, que me desequilibra, que atosiga mis sueños y mis despertares, tiene que ser amor. Ya sé que es una locura. Que entre tú y yo hay muchos años de diferencia, que mis sentimientos hacia ti carecen de lógica. Lo sé, lo sé. Pero... ¿es que acaso se pueden contener los sentimientos? ¿Se puede mandar en el corazón? No, no se puede, Elena. Por mucho que uno se haga preguntas, que se reproche a sí mismo, por mucho que uno se empeñe en lo contrario, los sentimientos surgen desde dentro, espontáneos y locos.

Y no creas, como lo creen mis amigos y sobre todo, mi familia, que esto que me sucede se debe a que estoy atravesando la edad del pavo. Que la verdad,

me ponen a mil cuando sacan a relucir esa expresión tan anticuada. Aseguran que estoy más atolondrado que de costumbre, que me he vuelto indisciplinado y huraño, que ando suspirando constantemente por los rincones, que solo pienso en las musarañas y no atiende a razones, que lloro sin motivo, que río sin saber por qué... ¡me tienen harto!

Aunque también es preciso reconocer que llevan algo de razón, ya que desde que te conocí, ni yo mismo me entiendo, pues vivo tan ensimismado en el revoltijo de sensaciones que sacuden mi interior como lo pueda estar el niño que dicen que soy, en el pasota que dicen que me he convertido.

Dicho esto, Elena, debo seguir con el propósito principal de esta carta que, como te expreso más arriba, no es sino declararte mi amor. No obstante, te confieso que ya lo hice ayer y anteayer y la semana pasada y la otra. En realidad, te he venido diciendo que te amo casi desde el comienzo del curso. ¿Que cómo lo hago? Te cuento: aprovecho la hora de salida, cuando la clase se va vaciando de alumnos y tú cuidas de que recojan sus cuadernos y sus mochilas y no se atropellen unos a otros. Entonces respiro hondo, cojo la tiza, me acerco a la pizarra y en una esquinita, entre el ejército de letras y de números que la tapizan, te escribo un te amo. Es un te amo anónimo, chiquito y tembloroso. Aún así, contiene mi verdad, lo que siento por ti. Pero tú nunca lo lees. Tampoco ayer lo leíste. Pues ésta mañana, al entrar en clase precedido como siempre por el torbellino saltarín que es Pablito, tú me saludaste con los buenos días de siempre y, sin embargo, a Pablito le dedicaste la mejor de tus sonrisas, te acercaste a él, le revolviste el pelo, le preguntaste qué tal había dormido y le ordenaste sentarse en su sitio. Y, ¿sabes? Creo que siento celos de Pablito, ya que todas las mañanas él se lleva la mejor de tus sonrisas y la

caricia de tu mano prendida en su pelo. Como la pizarra estaba limpia, tuve la certeza de que mi confesión de amor, mi te amo de tiza, otra vez te había pasado inadvertido.

Dado lo cual, el motivo de esta carta está justificado. Además, he pensado que debo ir a tu casa y entregártela personalmente. Así no se perderá en el océano embravecido de la pizarra. Pero como me conozco y sé que la timidez o la vergüenza, o ambas cosas a la vez, anularán cualquier atisbo de arrojo, te la dejaré encima del felpudo. Espero que la leas con la benevolencia que despliegas en la clase y que es tu seña de identidad, pues trabajar con treinta niñas y niños de seis años, inculcándoles conocimientos y buenos modales, no es tarea fácil.

En la esperanza de que estas palabras no te causen ningún disgusto, ni sean objeto de chanza, me despido diciéndote una vez más que te quiero, que me he enamorado de ti como un chiquillo cualquiera. Tú eres la estrella que me guía. La mujer que ocupa mis sueños, la que hace que me levante cada mañana con el único deseo de llegar al cole, que me mires a los ojos y que me obsequies con la mejor de tus sonrisas, una sonrisa igual que la que le dedicas a mi nieto Pablito.